

Viudas de Oriente

y la pasión nostálgica.

Viudas de Poniente

te desnudo y me desnudas en sábanas de bramante.

Ojo de Agua de Crucitas

desde lejos viene la tarde.

Santa Rosalía del Polvo

un cantor de piedra en la mirada.

Rancho de Pulgas Pandas

el purificador de almas tragando lumbre.

Pila de los Perros

el fontanero abriendo las fuentes de la plaza.

Amapolas del Río

una flauta enamorada.

Soledad de Arriba

Don Juan el empalado bajo un claror de hogueras.

Juan Bañuelos

1930

Aquí a sangre...

Aquí a sangre, aquí tal si saliera
de una enorme bestia destazada.
La humareda de los siglos ahogándome.

Golpeando atrás del alma, golpeando
en nombre de la puerta custodiada:

«Ten coraje, Bañuelos.
Valor, viejo».

Será en la cacería siguiente
cuando mi íngrimo horizonte
caiga bajo la zarpa del estrujamiento.
Será. Será.

Los nervios con sus patas de diarrea.
Será el cimpiés errante de las fosas
abiertas en los rostros.

Y hallándome acosado
parpadeó el espejo
detrás de mi memoria.

Jugué a tener memoria.
Ascendí ensacerdotado de juncia y de cafetos.
Corrí por los llanos de Colón.
Fuí huésped a los quince
de aquella cárcel municipal,
y luego él «considera que es tu hijo»
y ese olor natal de Tuxtla y sus alrededores

cuando, leyendo bajo el puente, el agua era
 un ave larga que volaba boca arriba.
 Y ahora aquí, entre la producción y el miedo,
 «bendito seas entre todos, bendito», «no te echas
 a perder», «visita a tus tíos»...

Avergonzado de gastar todos estos años
 en imágenes de aserrín, con los puños cerrados,
 como el lagarto al acecho del mosco en la ribera.
 Necio. El polvo de la persiana cae en mis hombros.
 Qué quiere usted. Salmuera en mi ojo izquierdo
 que rodea desgarrado el farallón
 de lo que no ha podido soñar, de lo que tú no soñarás:
 «la vida práctica es astucia, mi amigo.
 Jode, come y bebe. Entra al PRI»...

Y todavía habrá personas que se asombren
 cuando cuentes que las hormigas
 rezan su hastío, que el odio nunca está solo,
 y que la sombra del durazno
 huele lo mismo que su flor.

(Ay pequeño Sabinal de lavanderas
 chorreando sol bajo las miradas
 de las comadreas y de la hierba
 asustada).

Y hallándome acosado,
 en tanto aplaco
 mis nervios con sus patas de diarrea,
 mientras enloquezco,
 mientras muerdo estas paredes,

acuso a la luz
 de que al abrir una granada
 se despeñó hacia adentro
 haciendo saltar su espuma roja
 idéntica
 a la que expulsa el azteca desollado.

Marco Antonio Montes de Oca 1932

Ruina de la infame Babilonia*

A mis padres

I

Todo se ahoga de pena
y las mismas escafandras se amoratan bajo el mar.
El pulso, lo más cierto de un río con vida,
y la sal, estatua que nace demolida,
apagan sus latidos;
el tajo fúnebre
no permite más germinaciones.
Asimismo, las piedras de mi esqueleto
jamás estuvieron soldadas
y ahora se cansan de su equilibrio.
¿Qué helado lugar, apenas hay buitres
y un inmenso bagazo rompe las lágrimas!
De todo esto ha de beber el hombre:
del agua vacía,
de esa lágrima llorada en el museo
donde héroes y follajes
no pueden asomar el pecho
contiguo al emboscado perfume de las momias.
Mi cuerpo no dobla las espigas,
la parra sombrea sin calcinarse el muro al rojo vivo,
el rescoldo no cede al yunque una sola de sus chispas.
Está extraño hoy el mundo...
y se defiende contra aquello que lo inventa.
Por eso más vale no acordarme,

* Fragmentos.

no mirar el sitio donde la pálida yema de mis años
es repartida y destazada,
como un amargo sol caído
en que medran gusanos.
Necesito más ojos o menos lágrimas
o colgarme con ambas manos del párpado,
sádica ventana que abierta permanece
y hasta el fin contempla el hundimiento.
Necesito pulverizar mis saltos,
deslizarme con menos huesos que nunca,
pues jadean los belfos de mi herida
y si en ella aparece espuma de cansancio
moriré aterrado, sin conciencia,
de espaldas a ese paraíso benévolo
que suele abrirse,
cuando a marinos milagrosos
que navegan sin nave,
se les desfonda la suela del zapato.
Me duele que la vida no me duela
como a esos topos inflados de cascajo,
que llevan túneles al pedernal
y con ojos rojos como lámparas
atravesan densas fumarolas
y aún soportan en la espalda
todas las estrellas y los ríos.
¡Oh mineros abrumados,
temblorosos tamemes del planeta,
contemplad, contemplad conmigo el aire negro,
las tristes piedras que fueron un incendio
y casi una mirada.
Hoy está extraño el mundo...
La yerba piensa desde su cráneo de rocío
que ya nadie cabe en su muerte,
pues la sinceridad traiciona
y ni con todos los huesos juntos en la mano
podemos tener certeza de lo cierto,
ni siquiera en la hora en que el cuerpo
es un ataúd del corazón,
del corazón sólo tenido en alto,
para descargarlo, suave piedra roja,
sobre el pavor del último instante.

Guillermo Fernández

1932

A un muchacho desconocido

De abril el paso
y la cadencia
vas dejando tu sombra
como alfombra de primavera

Y apresuro mi paso

Caminando a tu lado
un invisible brazo apoyo
en tu hombro tan lejano

«Pero qué viejo el paje»
dirán los que me vean
caminando a tu lado

Anónimo dichoso
camino junto a ti
emparejando edades
reinos y pasos.

El reino de los ojos

A Yeih

Trajiste, amor, la regalada brisa
como un potro jovial de la llanura.

Se abrió a la luz la casta tan oscura
con el fruto rural de su sonrisa.

Llegaste a orear la cámara sumisa
y a plantar en los muros la verdura.
Está llena de musgos esa hondura
donde el diente animal marca su prisa.

Y porque alza su fuego entre la sombra
como un pájaro blanco en la blancura
cantando las delicias de lo hondo,

yo bendigo la lengua que lo nombra,
y al silencio frutal de esa creatura
con su primer soneto correspondo.

Cancioncilla

Un llano sol amigo
entibia el agua dulce
que brilla en la mirada
de mi joven señor.

Cuando cierra sus ojos
dos balcones se aíslan
en las horas tranquilas
de mi joven señor.

Canta bajo sus párpados
toda la monarquía
de la melancolía
de mi joven señor.

Cedo mis territorios
y el afán de mis armas
a una sola palabra
de mi joven señor.

Ulalume González de León

1932

Alejandrinos blancos para un nadador en cierne

A Mr. George H. Fields

Anoche temprano, estamos en invierno,
y a las 7 p.m. marcarán los termómetros,
según el Canal 2, unos 14 grados.
Aunque el agua está a 30, sería lo prudente
no quitarse las batas antes de tres minutos
de besos. Ya quitadas, tomarse medio más
para verse desnudos a la luz (no habrá otra)
de los cuerpos. Y así ganado grado y medio,
clavarse en la piscina, nadar, nadar, nadar
como desesperados 60 metros: sólo
entonces no sabremos dónde comienza el agua
ni dónde acaba el cuerpo. Y en prenatal tibieza
y flotantes abrazos, lentos celebraremos
nuestro primer encuentro de edénicos delfines
aunque los submarinos besos sepan a cloro.
Y juro que no habrá resfriados, querido:
uniendo grandes toallas a malos pensamientos,
sí, nos valdrán sombrilla, bien, frío y distancia
al cruzar el jardín hacia la regadera
donde para empezar nos enjabonaremos
el uno al otro...

(De *El Diario Rojo*, Año II **1989)

De un no saber sabiendo

Entre ningún después y ningún antes,
cierra el abrazo tiempo desprendido.
Como el ayer es el mañana olvido
y un olvido recuerdan los amantes.

¿El hoy?... En su estampida los instantes
vacían el abrazo: nunca ha sido.
Pero con la memoria de ese olvido
ellos recobran su después, su antes.

Sí: fue el abrazo. Saben, separados,
lo que ignoraron juntos al perder
sus cuerpos y sus almas enlazados.

Buscan otros *después* que en *antes* trocan.
Saben. Pero no pueden conocer
el no-lugar, en hoy que nunca tocan.

(*El Diario Rojo*, Año IX, 1986)

En que se reúne materia prima para recordar a la jarra olvidada

Fantasmas intercambiables
de la memoria artesana,
nubes que el sueño desgrana
sólo un instante habitables

por tu aparición, friables
azules que al ojo hilvana
el deseo: filigrana
de ríos innavegables

hacia ti. De esa evasiva
materia, que sólo a punto
de disiparse es certeza,
nace como siempre viva,
si sus relámpagos junto,
tu sostenida sorpresa.

(De *La Jarra Azul*, inédito)

Gabriel Zaid

1934

Piscina

Vengo al aire, del agua, más ligera,
a reanudar lo que se rememora.
Saco el pecho en el tiempo. ¿Ves ahora
los cuerpos de esta falsa primavera?

¡Qué pretensión de paraíso fuera
equilibrar el aire de la aurora!
Yo me vuelvo a los vientres de la hora
a clavar mis silencios en la espera.

No me des a la luz, madre, te pido,
que aquí ni prisa ni temor me asalta
y oigo el tiempo flotante y suspendido.

Quiero la libertad, y la más alta
libertad del silencio en el olvido
¡y es el aire del mundo el que me falta!

Selva

Me gusta acariciarte el hipopótamo.
Husmear lo que apenas perdices.
Acechar tu bostezo furibundo.
Disparar al vuelo de tu aullido.